



# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA COMO DOCTORA *HONORIS CAUSA*  
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

**D<sup>a</sup>. SVETLANA ALEXIÉVICH**

PRESENTADO POR

**D. ENRIQUE QUERO CERVILLA**

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MMXXIV





# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA COMO DOCTORA *HONORIS CAUSA*  
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

DOÑA SVETLANA ALEXIÉVICH

UNIVERSIDAD DE GRANADA

MMXXIV

© UNIVERSIDAD DE GRANADA  
DISCURSOS DEL ACTO DE INVESTIDURA DE LA DOCTORA  
HONORIS CAUSA DOÑA SVETLANA ALEXIÉVICH  
Depósito Legal: GR. 1276-2024  
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada  
Imprime: Gráficas La Madraza

Printed in Spain

Impreso en España

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR  
ENRIQUE FEDERICO QUERO GERVILLA  
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA DE  
DOÑA SVETLANA ALEXIÉVICH



Excmo. Sr. Rector Magnífico,  
Excmos. Sres. Vicerrectores/as,  
Ilmos. Sres. Decanos/as y Directores/as,  
Ilmas. Autoridades Académicas,  
Excelentísimos e Ilustrísimos Sres/as. del Claustro de Doctores/as,  
Claustro de Doctores/as y Profesores/as,  
Autoridades.

Con este solemne acto académico la Universidad de Granada, al investir como doctora *honoris causa* a la escritora Svetlana Alexiévich, va a dar cumplimiento al acuerdo de su Claustro de 28 de mayo de 2024, a propuesta del Excmo. Rector de nuestra Universidad.

Siguiendo una antigua tradición académica y en representación de toda la Comunidad Universitaria, me cabe el gratísimo honor de pronunciar la *laudatio* de los méritos literarios y personales de Svetlana Alexiévich.

Mi discurso va a centrarse en la fuerza y originalidad de su obra como escritora y cronista del fin de la Unión Soviética,

comprometida con los derechos humanos y con la paz, ya que de sus reflexiones emergen muchas de las claves que nos permiten comprender esta época tan convulsa en la que nos ha tocado vivir.

El ser humano no está diseñado para la muerte, sino para la vida. Y vivir implica algo mucho más profundo que simplemente existir<sup>1</sup>. (*La guerra no tiene rostro de mujer*)

Человек не должен умирать. Человек должен жить. И жизнь — это что-то большее, чем просто существовать. (*У войны не женское лицо*, 1985)

Estas palabras suponen toda una declaración de intenciones de cómo Svetlana Alexiévich entiende su misión y su compromiso con los que son víctimas de los acontecimientos históricos que narra. Svetlana Alexiévich es, sin ningún género de dudas, una de las grandes cronistas de la Era Contemporánea y sin su obra sería imposible comprender el devenir de la historia de finales del siglo XX y principios del XXI. Destacada exponente de lo que denominamos prosa documental artística, en sus trabajos recopila testimonios directos de los que, como ella misma, han

---

<sup>1</sup> Las traducciones de los fragmentos de las obras de Svetlana Alexiévich contenidos en el presente documento son propias. No obstante, para facilitar su localización, incluimos el título con el que han sido publicadas en España.

sido protagonistas de acontecimientos del periodo soviético y postsoviético. Su forma de trabajar le ha permitido crear una literatura que no es simplemente un reflejo de la realidad, sino una inmersión profunda en las experiencias vitales que relata. Al adoptar el papel de cronista de la historia, sus libros son un “mosaico de testimonios”. Así lo señala el profesor Ricardo San Vicente: “desde la dimensión periodística: si el reportaje es la formulación de un episodio, de un suceso, los libros de Svetlana Aleksíevich son un mosaico de testimonios; la autora engarza las voces y miradas de un fenómeno humano hasta convertirlos en el relato de la realidad”.

De esta forma, Svetlana Alexiévich nos permite conocer de primera mano el sentir de sus protagonistas, proporcionando un espacio para voces históricamente silenciadas, y todo ello mediante una técnica narrativa única en la que, en lugar de centrarse en un solo narrador o en un hilo narrativo lineal, reúne múltiples voces que representan diversas perspectivas en torno a un determinado tema. Así consigue ofrecer una visión de los hechos que supera las narraciones convencionales con un estilo sencillo y directo. De este modo logra, de una forma absolutamente fidedigna, reflejar la realidad y captar el sentir colectivo de todos aquellos que compartieron ese periodo histórico.

En palabras de E. Brovkin:

El reconocimiento de Alexiévich está más que justificado. Ha sacado a la luz aquellos estratos de la

historia que nunca nadie pudo revelar. (E. Brovkin, profesor de la Universidad Estatal Francisk Skorina)

Алексиевич совершенно заслуженно отметили, она подняла те пласты истории, которые никто не смог поднять. (Е. Бровкин, преподаватель Гомельского университета)<sup>2</sup>

Es decir, se centra en aquellas partes de la historia que han sido excluidas de las narrativas oficiales o dominantes, en lo que denominamos la historia omitida, para adentrarse en la historia humana, una intrahistoria en el más puro sentido unamuniano, en una búsqueda incesante por comprender los pensamientos, las creencias y las emociones de las personas a las que entrevista en momentos clave. Ella misma lo resume así:

Construyo el mundo a través de mis libros, con miles de voces y destinos, con fragmentos de nuestras vidas y de la cotidianidad.

Я строю мир через мои книги, с тысячами голосов и судеб, с фрагментами наших жизней и повседневности.

---

<sup>2</sup> Igor' Suhih I. (2021). «Vremja...» Aleksievich: chto i kak?, *Novyj mir*, 1. URL: <https://nm1925.ru/articles/2021/01-2021/vremya-aleksievich-chto-i-kak>

Y todo ello nos ha llegado a pesar de la censura que intentó silenciar su voz pero que, finalmente, logró reconocer el interés que despierta su obra.

En *La guerra no tiene rostro de mujer* (*У войны не женское лицо*), escrita en 1983 y retenida por la censura hasta su publicación en 1985 por su carácter «pacifista y naturalista, y por destronar la imagen heroica de la mujer soviética», Svetlana Alexiévich nos muestra la experiencia de la Segunda Guerra Mundial a través de los ojos de las mujeres soviéticas que estuvieron en el frente. Se trata de historias intimistas que relatan con toda su crudeza la realidad de la guerra, proporcionando de esta forma un punto de vista que había sido marginado y silenciado durante décadas. Estas mujeres —soldados, cirujanas, enfermeras, pilotos, francotiradoras, médicas, guardias de tráfico, conductoras, enfermeras de quirófano, mecánicas de aviación y operadoras de teléfono, entre otras ocupaciones— revelan aspectos de la guerra que, a menudo, se ocultaron o se ignoraron en esa narrativa oficial construida por el Estado Soviético.

Estamos habituados a leer y escuchar historias en las que unos matan heroicamente a otros y acaban ganando la guerra. O perdiéndola. Historias en las que se relata el tipo de armamento que se empleaba o cómo eran los generales que participaban en la contienda. Sin embargo, los relatos de las mujeres carecen por completo, o casi por completo, de todo esto: son

diferentes y hablan de otras cosas. La guerra contada por las mujeres tiene su propio color, su propio olor, su propia luz y su propio espacio de sentimientos y emociones. Sus propias palabras. (*La guerra no tiene rostro de mujer*)

Когда женщины говорят, у них нет или почти нет того, о чем мы привыкли читать и слышать: как одни люди героически убивали других и победили. Или проиграли. Какая была техника и какие генералы. Женские рассказы другие и о другом. У «женской» войны свои краски, свои запахи, свое освещение и свое пространство чувств. Свои слова. (*У войны не женское лицо*, 1985)

Son relatos en primera persona en los que las protagonistas hablan de la violencia, el sufrimiento, la muerte o la deshumanización, pero también de solidaridad y de coraje, lo que les confiere una autenticidad nunca antes vista. La autora proyecta una imagen brutal y despiadada de la guerra que se aleja de esa imagen heroica que a día de hoy se sigue perpetuando por los dirigentes que emprenden campañas bélicas, al tiempo que dibuja una mujer soviética humana y llena de amor.

En nuestra infancia de posguerra, el entorno estaba dominado por mujeres. Y lo que mejor recuerdo es que en lugar de hablar de muerte, ellas se dedicaban a hablar de amor. (Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, 2015.)

Наш детский мир после войны – это был мир женщин. Больше всего мне запомнилось, что женщины говорили не о смерти, а о любви. (Нобелевская лекция, 2015)

En su obra *Últimos testigos: Los niños de la Segunda Guerra Mundial* (*Последние свидетели (сто не детских рассказов)*, 1985) se ocupa de esos niños que sufrieron la guerra en 1945.

Los protagonistas no son ni políticos ni soldados ni filósofos. Los protagonistas son esos niños que guardaron en la memoria los momentos más impactantes y trágicos de aquella guerra. No los hechos en sí mismos, sino cómo ellos los percibían. Me acuerdo de mi madre, cuando se la estaban llevando para fusilarla, pedía: “Llévense a mi hija... Tápenle los ojos a mi hija...”, recuerda una de las protagonistas. (*Últimos testigos: Los niños de la Segunda Guerra Mundial*)

Главные герои не политики, не солдаты, не философы. Главные герои — дети, которые запоминали самые яркие и трагические моменты той войны. Не сами события, а то, что чувствовали. «Я помню маму. Когда ее вели на расстрел, она просила: “Дочку уведите... Закройте дочке глаза...”, — вспоминает одна из героинь». (*Последние свидетели (сто не детских рассказов)*, 1985)

Las cifras impresionan: cinco millones de niños muertos en la URSS y veintisiete mil huérfanos solo en Bielorrusia. Con esas «voces no infantiles (*недетские рассказы*)» compone un relato único y emocionante que constituye una visión profundamente humana y emotiva de aquellos que durante su infancia sufrieron en primera persona una de las mayores tragedias de la historia.

Con su relato, Svetlana Alexiévich supera las narrativas estrictamente históricas y deshumanizadas que se construyen atendiendo a intereses ideológicos para adentrarnos en las vidas de los que sobrevivieron a esos conflictos bélicos.

Pero es, sin duda, la trilogía que componen *Los muchachos de zinc*, *Voces de Chernóbil* y *El fin del Homo Sovieticus* la que la convierte en la gran cronista del fin de la Unión Soviética. Nos referimos a un periodo de unos 30 años que abarca la guerra de Afganistán y la catástrofe de Chernóbil, dos acontecimientos que suponen, según ella misma afirma, la sentencia de la URSS. Sus novelas ofrecen una experiencia única: el lector tiene la oportunidad de forjarse su propia opinión de lo que supuso este periodo histórico, gracias a que puede acceder a todos esos testimonios en una misma obra. De esta forma, Svetlana Alexiévich viene a saldar una deuda con la historia que los líderes encargados de pilotar la transición al capitalismo no supieron o no quisieron abordar. Además, nos muestra esa realidad con una precisión y una capacidad de convicción insólitas. Por ello, sus obras son una referencia para comprender la Rusia actual.

En la obra *Los muchachos de zinc* (*Цинковые мальчики*, 1989) se ocupa de la otra gran guerra que tuvo un altísimo coste en vidas humanas para el Estado Soviético: la guerra de Afganistán. En la misma se recogen los testimonios recopilados —tanto en Rusia como en Afganistán— de soldados, enfermeras y madres que perdieron a sus hijos en la guerra. Así nos relata la autora el testimonio de una madre rota por la pérdida de su hijo:

Cuando una madre, a quien el Estado le arrebató a su hijo para devolvérselo en un ataúd de zinc, clama desesperada, casi como si rezara: «¡Amo a esta patria! ¡Por ella mi hijo dio su vida! ¡Pero a vosotros y a vuestra verdad, os odio!», no puedo evitar pensar: no solo fuimos esclavos, sino románticos de la esclavitud. Solo una de las cien madres con las que me entrevisté me confesó: “¡Yo fui la que maté a mi hijo! Soy una esclava y crie a un esclavo...” (*Los muchachos de zinc*)

И когда мать, у которой государство забрало сына и вернуло его в цинковом гробу, иступлённо, молитвенно кричит: «Я люблю эту Родину! За неё погиб мой сын! А вас и вашу правду ненавижу!» – снова понимаешь: мы были не просто рабы, а романтики рабства. Только одна мать из тех ста, с которыми я встречалась, написала мне: «Это я убила своего сына! Я – рабыня, воспитала раба...». (*Цинковые мальчики*, 1989)

La publicación de esta obra, al igual que *La guerra no tiene rostro de mujer*, no estuvo exenta de polémica, puesto que fracturaba la imagen idealizada de la lucha por la patria, al tiempo que ponía de manifiesto la incapacidad del Estado Soviético para gestionar una guerra que nunca debió producirse.

*Hechizados por la muerte* (*Зачарованных смертью*, 1993) se inserta de forma armónica en medio de las obras que componen esta gran trilogía para convertirse en una de las más duras críticas jamás escritas al sistema comunista. En ella, la autora se adentra por primera vez en la crisis de valores que experimenta el *homo sovieticus* ante la llegada implacable del capitalismo. El comienzo de la obra nos plantea la cuestión con toda su crudeza:

El comunismo tenía un plan demente: reconstruirnos. Reconstruir la naturaleza humana, a ese «viejo» hombre, a ese Adán primitivo. El *homo sovieticus* es un hombre creado en el laboratorio del marxismo-leninismo que habitó una sexta parte de la superficie terrestre. Admitámoslo: nosotros somos ese *homo sovieticus*. La palabra «ruso» se asociaba de inmediato con la palabra «soviético». Aunque no siempre era así. Ucrainianos y georgianos, armenios y tayikos, bielorrusos y turqmenos también eran ciudadanos soviéticos. Compartíamos algo, pese a las diferencias culturales y religiosas. (*Hechizados por la muerte*)

У коммунизма был безумный план - переделать нас. Переделать человеческую природу, изменить «старого» человека, ветхого Адама. «Гомо советикус» - человек, которого вывели в лаборатории марксизма-ленинизма, на одной шестой части суши. Признаемся - это мы. Слово «русский» привычно соединяли со словом «советский». Хотя это не всегда было так как. Но советскими были украинцы и грузины, армяне и таджики, белорусы и туркмены...Что-то нас объединяло, несмотря на разницу культур и религий. (*Зачарованных смертью*, 1993)

Conmueven los testimonios de personas que dieron su vida por el comunismo y ahora se ven sumidas en un vacío sin salida, despojadas de los referentes y valores que las habían guiado hasta ese momento. Así nos lo relata uno de sus protagonistas, Vasily Petrovich:

Traicionaron al partido y a la idea. Se esfumó todo aquello por lo que había luchado. Surgió una nueva religión: el mercado. «¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero!». Nos prometieron que seríamos más ricos y comeríamos mejor. ¿Y si se nos olvida para qué vivimos? ¿Es que la vida le ha sido dada al ser humano solo para vivirla, como a un árbol o a un pez? No, la vida del hombre tiene un propósito más allá de simplemente existir. No puede ser que las salchichas y los Mercedes se conviertan en el principal objetivo, en ese ideal imposible que brilla

en el cielo. Quizá por eso amábamos tanto la muerte. ¡Sí, la amábamos! Me di cuenta de ello no hace mucho; una de esas noches que no logras conciliar el sueño. (*Hechizados por la muerte*)

Партию предали, идею предали. Исчезло все, чему я отдал себя, свою жизнь. На площади правит новая религия – рынок: “Деньги! Деньги! Деньги!” Ну, станете богато, сыто жить, но как бы не позабыли - для чего? Неужели человеку жизнь дана ради самой жизни, как дереву, как рыбе? Нет, она дается для чего-то большего, чем просто жизнь. Сосиски и “мерседес” никогда не станут высшей целью, сияющей с неба мечтой. Наверное, поэтому мы любили смерть. Да, мы ее любили! Я это недавно понял. В одну из бессонных ночей... (*Зачарованных смертью*, 1993)

En este sentido, su obra *Voces de Chernóbil* (*Чернобыльская молитва. Хроника будущего*, 1997) supone un baño de realidad sin precedentes al transmitirnos el testimonio fidedigno de lo que supuso la catástrofe nuclear provocada por la explosión del reactor número cuatro de la central nuclear de Chernóbil y los trabajos llevados a cabo para la eliminación de los restos de radiación. El relato traza un retrato descorazonador de cómo una sociedad, en este caso la población de la localidad ucraniana de Prípiat, se enfrenta a lo inconcebible. La historia, aterradora por realista, mues-

tra cómo las vidas se fracturan en medio de una realidad distorsionada por los dirigentes de la Unión Soviética, que prefieren obviar el desastre, a pesar del coste en vidas humanas. Así se anunció al pueblo la catástrofe en los primeros instantes de la tragedia:

Por la radio anunciaron: hay que evacuar la ciudad durante unos días. Lleven consigo ropa de abrigo y de deporte porque van a vivir en el bosque. En tiendas de campaña. Muchos se alegraron de la noticia: ¡Nos vamos de excursión! Allí celebraremos el 1 de mayo. Algo diferente. Y prepararon pinchitos y compraron vino. Cogieron también las guitarras y los radiocasetes. ¡Con lo que nos gustan las fiestas de mayo! Solo lloraban aquellas mujeres cuyos maridos se habían visto afectados por la radiación. (*Voces de Chernóbil: crónica del futuro*)

По радио объявили: город эвакуируют на три-пять дней, возьмите с собой теплые вещи и спортивные костюмы, будете жить в лесах. В палатках. Люди даже обрадовались – поедem на природу! Встретим там Первое мая. Необычно. Готовили в дорогу шашлыки, покупали вино. Брали с собой гитары, магнитофоны. Любимые майские праздники! Плакали только те, чьи мужья пострадали. (*Чернобыльская молитва. Хроника будущего, 1997*)

Sin duda alguna, esta catástrofe supuso el principio del fin de la URSS, cuyo colapso explora de forma magistral en la obra *El fin del Homo Sovieticus* (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013). Aquí nos proporciona una mirada introspectiva de las vidas de aquellos que vivieron la transición del régimen soviético al estado de incertidumbre generado por la perestroika de Mijaíl Gorbachov. Svetlana Alexiévich da al *homo sovieticus*, analizado en las obras de Alexander Zinóviev o Michel Heller, una dimensión literaria y humana desconocidas hasta ahora. Existen intentos anteriores de reflejar la realidad soviética desde un punto de vista antropológico, pero nunca literario. Ningún escritor ha entrevistado a tantas personas con perfiles tan diversos —desde pensionistas a hombres de negocios, pasando por veteranos de guerra, miembros del partido comunista, escritoras, topógrafas, arquitectas, pasteleros, militares, trabajadores de la construcción, ingenieras, directoras de cine, camareras, maestras y gerentes de agencias de publicidad, entre otros— ni ha documentado con tanta precisión el sentir de los habitantes de ese mundo paralelo de todas las edades y provenientes de todas las regiones del país.

Nos estamos despidiendo de la época soviética. De aquella que era nuestra vida. He hecho todo lo posible por escuchar de forma abierta y sincera a los que participaron del drama socialista. (*El fin del Homo Sovieticus*)

Мы прощаемся с советским временем. С той нашей жизнью. Я пытаюсь честно выслушать всех участников социалистической драмы. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

Esa capacidad de escucha quedó plasmada en la entrevista a centenares de personas que describen la transición al capitalismo como una terrible vivencia llena de miseria e incertidumbre. También se encuentran testimonios que la describen como un paso glorioso, pero son una minoría. Su relato, alejado de la política, centra su atención en los individuos, revelando las promesas incumplidas en primera instancia por el Estado Soviético y, posteriormente, por una perestroika que se presentaba como la solución a ese modelo económico y social al borde del colapso. “Nos estamos comiendo el pan de nuestros hijos”, me decía una profesora del curso preparatorio de lengua y cultura rusas que realicé en el año 89 en Moscú. Sus protagonistas comenzaban a salir de forma abrupta de ese comunismo de guerra eterno en el que estaban sumidos:

En esencia, somos gente de guerra. Siempre hemos vivido en guerra o preparándonos para ella. No hemos conocido otra vida. De ahí viene nuestra psicología de guerra. Incluso en tiempos de paz todo estaba marcado por la guerra. (*El fin del Homo sovieticus*)

В общем-то, мы военные люди. Или воевали, или готовились к войне. Никогда не жили иначе. Отсюда военная психология. И в мирной жизни все было по-военному”. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

Estos ciudadanos crecieron con la esperanza de estar construyendo un futuro feliz que nunca llegó a materializarse. La obra relata cómo el sistema se vio engullido por el caos que generó la perestroika ante la desolación de sus ciudadanos que vieron truncados, de un día para otro, todos sus planes vitales. El resultado es un análisis singular de lo que supuso ese periodo soviético que abarca la vida de diez generaciones y setenta años de socialismo en el que sus protagonistas rememoran la Revolución de 1917, la guerra civil, el terror estalinista, los campos de trabajo forzado (*gulags*), la Gran Guerra Patria de la URSS (o Segunda Guerra Mundial) contra el fascismo, la perestroika y la posterior descomposición del régimen.

Con la perestroika todo se vino abajo... Estalló el capitalismo... 90 rublos, el sueldo de un mes, se convirtieron en 10 dólares. Con esa miseria no se vive. (*El fin del Homo Sovieticus*)

В перестройку все кончилось... Грянул капитализм... Девяносто рублей стали десятью долларами. На них — не прожить. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

Estas voces generan un diálogo interno del que surge ese *homo sovieticus* capaz de lo mejor y de lo peor, y además lo hace con una capacidad de convicción y una firmeza arrolladoras. Gracias a una intuición única y una técnica narrativa escrupulosa logra colocar esas voces de forma armoniosa para crear un cuadro al nivel de las mejores obras pictóricas.

Con esta obra la novelista aspiraba a crear una enciclopedia de la vida del pueblo soviético. En este sentido, describe el modelo soviético como una «gran utopía» que prometió un paraíso de igualdad y justicia, pero que en la práctica resultó ser un sistema represivo y deshumanizador para la gran mayoría. Su protagonista, ese *hombre rojo (homo sovieticus)*, es alguien que sufrió el control estatal, la represión y la escasez en medio de promesas de igualdad y bienestar que nunca se materializaron. El sistema proporcionaba un marco de referencia y una identidad colectiva que, al desaparecer, deja a este *homo sovieticus* abandonado y carente de referentes vitales.

«Solo un *homo sovieticus* puede realmente comprender a otro *homo sovieticus*». Compartimos una misma memoria comunista. Somos vecinos unidos por la misma memoria colectiva... la desilusión vino más tarde. (*El fin del Homo Sovieticus*)

«Только советский человек может понять советского человека». Мы были люди с одной коммунистической памятью. Соседи по памяти... Разочарова-

ние пришло позже. (*Время секонд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

A propósito del declive de la Unión Soviética, la propia Svetlana Alexiévich hace la siguiente reflexión al final de su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura.

Me atrevo a decir que perdimos la oportunidad que se nos presentaba en los años 90. Ante la pregunta sobre cómo debe ser nuestro país, si un país fuerte o uno digno en el que la gente viva bien, escogimos la primera: fuerte. Ahora, de nuevo, vivimos en la era del poder de la fuerza. Los rusos están en guerra con los ucranianos. Con sus propios hermanos. La era de la esperanza se ha visto remplazada por la del miedo. Hemos retrocedido en el tiempo... vivimos una época de *second hand*... (Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, 2015)

Беру на себя смелость сказать, что мы упустили свой шанс, который у нас был в 90-ые годы. На вопрос: какой должна быть страна – сильной или достойной, где людям хорошо жить, выбрали первый – сильной. Сейчас опять время силы. Русские воюют с украинцами. С братьями... Время надежды сменило время страха. Время повернуло вспять ... Время сэконд-хэнд... (Нобелевская лекция, 2015)

Y acaba con una conmovedora reflexión sobre cómo ella percibe su identidad y sus raíces:

Tengo tres hogares: Bielorrusia, donde nació mi padre y donde he vivido toda mi vida; Ucrania, donde nació mi madre y donde yo vine al mundo; y la gran cultura rusa, sin la cual no me imagino a mí misma. A los tres los quiero con toda mi alma. Pero es difícil hablar de amor en la época en que vivimos. (Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, 2015)

У меня три дома – моя белорусская земля, родина моего отца, где я прожила всю жизнь, Украина, родина моей мамы, где я родилась, и великая русская культура, без которой я себя не представляю. Они мне все дороги. Но трудно в наше время говорить о любви. (Нобелевская лекция, 2015)

De las características aquí sucintamente esbozadas se desprende el profundo compromiso de su obra. El coraje de Svetlana Alexiévich reside no solo en los temas que elige, sino en cómo los desarrolla. Sus libros son un acto de escucha profunda, un proceso mediante el que ella misma se sumerge en las vidas de sus entrevistados en un esfuerzo de empatía inédito hasta ahora. De este modo profundiza en la desigualdad, la injusticia y las secuelas de un régimen totalitario como el de la Unión Soviética, abordando temas atemporales y universales.

Por su autenticidad y su compromiso, la valía de la obra de Svetlana Alexiévich va más allá de su enorme aportación a la literatura. Con su trabajo nos recuerda que, a pesar de las fuerzas deshumanizadoras de la guerra, la opresión y el desastre, hay un lugar para la dignidad y la humanidad. Su obra es una llamada a la memoria y a la empatía, una exhortación a no olvidar nunca a aquellos cuyas vidas han sido destrozadas y engullidas por las circunstancias históricas que les ha tocado vivir. Con su escritura directa y profundamente humana ha dado voz a las personas que han sido olvidadas o silenciadas, y lo ha hecho con una valentía y una integridad que pocas veces se encuentran en la literatura contemporánea.

Svetlana Alexiévich ha recibido numerosos premios y reconocimientos a lo largo de su carrera, primero en la última etapa de la Unión Soviética y, con posterioridad, a nivel internacional, por su contribución a la literatura y por su enfoque innovador en la narración documental. En la Unión Soviética obtuvo los premios N. A. Ostrovski (1984), la Orden de la Insignia de Honor (1984) concedida por el Presídium del Sóviet Supremo de la Unión Soviética, y el Premio Lenin Komsomol (1986), en todos los casos por la obra *La guerra no tiene rostro de mujer*, la más reconocida en ese momento. A partir de ahí pasa a tener un importante reconocimiento a nivel internacional con la concesión de los siguientes premios: Premio Ryszard Kapuściński de Reportaje Literario (1996), Premio Herder de Austria (1999),

Premio de la Paz Erich Maria Remarque (2001), Premio Nacional del Círculo de Críticos de Estados Unidos (2006) y Premio Médicis de Ensayo (2013), entre otros. Además, es oficial de la Orden de las Artes y las Letras de la República Francesa. El Premio Nobel de Literatura le fue concedido en 2015 «por su escritura polifónica, un monumento al sufrimiento y al coraje en nuestro tiempo». De esta forma la Academia Sueca reconocía su capacidad para captar las voces individuales y darles un lugar en la historia colectiva. La obtención del Nobel supuso que sus obras se tradujeran a más de cincuenta idiomas, incluido el español<sup>2</sup>, incre-

---

<sup>2</sup> En español peninsular la obra de Svetlana Alexiévich ha llegado a los lectores gracias a la excelente labor llevada a cabo por los siguientes traductores:

*La guerra no tiene rostro de mujer* (2015); *Últimos testigos: los niños de la Segunda Guerra Mundial* (2016) y *Los muchachos de zinc: voces soviéticas de la guerra de Afganistán* (2016, 2017) traducidas por Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González y publicadas en la editorial Debate.

*La plegaria de Chernóbil: crónica del futuro* (2001) traducida por Ricardo San Vicente Urondo y publicada en la editorial Casiopea. Hay dos versiones posteriores de esta traducción *Voces de Chernóbil* (2006) publicada en Siglo XXI Editores y *Voces de Chernóbil: crónica del futuro* (2015) publicada en Debate.

*El fin del «Homo sovieticus»* (2015) traducida por Jorge Ferrer y publicada en la editorial Acantilado.

*De una batalla perdida* (2024) traducida por Marta Sánchez Nieves, y publicada por la editorial Nórdica Libros.

mentando exponencialmente su visibilidad. La literatura de Svetlana Alexiévich ha ganado adeptos en Europa, donde ha comenzado a atraer tanto a lectores como a académicos. En los últimos años ha sido galardonada con el Premio Sonning de Dinamarca, la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania y el Premio Internacional Cataluña. Asimismo, ha sido nombrada doctora *honoris causa* por diferentes universidades como la Universidad Libre de Bruselas (2021), la Universidad Vytautas Magnus (2022), la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio (2016) y la Universidad Complutense de Madrid (2022). Todas estas universidades han sabido reconocer su labor en la defensa de los derechos humanos, su capacidad para representar el sufrimiento humano y su indiscutible compromiso con la paz y el futuro de la humanidad, además de su enorme influencia literaria. Por último, siguiendo en el ámbito académico, empiezan a realizarse tesis doctorales sobre Svetlana Alexiévich como la que hemos dirigido Giovanni Caprara y yo mismo, y que ha sido defendida por Katsiaryna Rudenia (2023) con el título *El concepto de 'homo sovieticus' en las obras de Svetlana Alexiévich: análisis literario y traductológico*. Estamos convencidos de que con el paso del tiempo el interés continuará aumentando y se irán analizando y diversificando los trabajos en torno a su figura y a su obra.

En suma, Svetlana Alexiévich ha creado una forma única de narrativa que desafía las categorías tradicionales de la literatura. Su obra constituye un valiosísimo legado que servirá de

inspiración para las nuevas generaciones de escritores por su forma de explorar la realidad a través de la narrativa documental y testimonial.

A lo largo de nuestros casi 500 años de existencia la Universidad de Granada ha nombrado doctores *honoris causa* a ilustres escritores como Ernesto Cardenal, Rafael Alberti, Manuel Celaya, Francisco Ayala, José Saramago y Mario Vargas Llosa, quienes, de una u otra forma, han mostrado la importancia de luchar por valores de compromiso y humanidad, que son nuestra seña de identidad y a los que no podemos renunciar. Hoy nos enorgullecemos de contar con la presencia de Svetlana Alexiévich, ejemplo y lección de cómo la literatura puede contribuir a reflexionar sobre los acontecimientos que preocupan y asolan a la humanidad en las primeras décadas del siglo XXI. La obra de Svetlana Alexiévich, por su amplitud, sensibilidad y vocación para la indagación nos debería ayudar a buscar fórmulas alternativas que permitan fomentar la importancia de la dignidad humana y del valor de la escucha en la resolución de conflictos.

Y termino, como corresponde, pidiendo *venia* al Claustro de Doctores para que le sea concedida a Svetlana Alexiévich la investidura como doctora *honoris causa* por la Universidad de Granada.



DISCURSO PRONUNCIADO POR LA  
EXCELENTÍSIMA SEÑORA  
DOÑA SVETLANA ALEXIÉVICH  
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO  
DOCTORA *HONORIS CAUSA*

Traducción del ruso realizada por Álvaro Berbel Rodríguez, Nina Kressova  
Iordanishvili y Benamí Barros García.

Excelentísimo Rector Magnífico de la Universidad de Granada,  
Pedro Mercado Pacheco,  
Ilustrísimo Dr. Enrique Federico Quero Gervilla,  
distinguidos profesores,  
queridos estudiantes y egresados,  
damas y caballeros,

Quiero dar las gracias a la universidad por este enorme honor. A continuación, compartiré con ustedes algunas reflexiones a la vez que debato sobre mis propios libros y, especialmente, sobre el nuevo que estoy escribiendo en la actualidad...

## **Frente al rostro de la catástrofe** **(de la vida de las ideas moribundas)**

Ahora me veo en el papel de mis protagonistas, intentando contar mi vida como alguna vez lo hicieron ellos. Veo sus rostros ante mí, oigo sus voces. De toda la vida solo queda la palabra. Las ideas y las creencias mueren, sólo queda su huella en la palabra.

Esta huella no es eterna, cambia con el tiempo, está encadenada al tiempo. Mi padre era profesor de historia, vivió dos guerras y la caída de un imperio. Recuerdo sus palabras: «A lo largo de mi vida han reescrito la historia tres veces». No se puede creer en las ideas, son la materia más quebradiza. En la tierra perduran las tumbas de quienes murieron por una idea, pero la idea en sí ya no está. Esto lo podemos observar especialmente en nuestras vidas. Las ideas son quebradizas, ¿en quién confiar entonces? Yo confío en el Testigo. El arte no consigue ver muchas cosas en el hombre y se resiste a creer que la vida es la mejor novelista. Yo siempre dirijo mi oído hacia la calle, a los textos de la calle. Allí es donde busco.

Pasé mucho tiempo, media vida, escribiendo mi historia del imperio rojo y del hombre rojo. Iba de persona en persona escuchando al hombre «pequeño» hablar de sí mismo. Lo de «pequeño», obviamente, no es verdad, ya que él siempre hablaba de la muerte: de lo fácil que moría y de lo fácil que mataba. Un pequeño gran hombre. Detrás de él hay una enorme fosa común y un mar de sangre. Para nosotros la sangre es la medida de la grandeza; no la vida, la sangre. Y el fin de esta sangre es hacer que todos nos teman. Me he pasado media vida intentando averiguar por qué somos así. A todo el mundo le pregunto por la respuesta...

Mis labores de búsqueda comenzaron hace mucho tiempo. Incluso puedo, con miedo, reconocermé que fue en la infancia...

Vivíamos en un pequeño pueblo. Soy hija de padre bielorruso y madre ucraniana. Hacía poco que había terminado la Segunda Guerra Mundial. En el pueblo sólo vivían mujeres, ancianos y niños, los hombres jóvenes no regresaron del frente. De las guerrillas. En algún lugar, en los bosques, quedan tumbas de partisanos cubiertas de maleza; por eso aún hoy no me gusta ir al bosque a por setas o sentarme en las lomas. Allí hay huellas humanas por todas partes... Durante las grandes catástrofes las personas suelen desaparecer sin dejar rastro y rápidamente se convierten en naturaleza.

Por la noche, tras una dura jornada de trabajo, las mujeres se reunían en los bancos cercanos a sus *jatas*, a sus casas, y hablaban de la guerra: de cómo sus jóvenes maridos se habían ido al frente o a las guerrillas. Hablaban de amor. Aquel amor a menudo duraba una sola noche; por la mañana ya tenían que partir hacia los bosques. A un destacamento partisano. Los partisanos morían pronto. Yo escuchaba y escuchaba... Lloraba con las mujeres. Lo que contaban era más interesante que los libros, de los que estaba repleta nuestra casa. Era más interesante y aterrador que los libros, lo recuerdo, el hecho de cómo a mi mente infantil le hechizaba ya la muerte. Es un misterio que me inquieta hasta el día de hoy. Allí, en los bancos del pueblo, aprendí a confiar en la voz humana, a confiar en las historias contadas de viva voz, incluso diría «de vivo corazón». Allí me di cuenta de que el sufrimiento es una forma especial de transmitir información. Y de que el dolor es un arte; especialmente, de nuevo, en nuestras vidas llenas de tristeza. Ningún libro ha conseguido emocionarme tanto como me sigo emocionando con la voz humana.

Qué palabras tan inolvidables encontraban aquellas mujeres. Aquellas palabras y aquellas voces permanecen todavía en mi memoria. Cuando escribo mis libros, busco palabras así de estremecedoras. Estremecedoras por la belleza y el horror de la vida.

Voy a hablar un poco sobre cómo escribo... Sobre la escritura en sí... Yo trabajo con la historia omitida, la historia pequeña, la historia del alma humana y no con la de un acontecimiento. La gran historia menosprecia la pequeña, ni siquiera la advierte. Para cada libro encuesto a entre 300 y 500 personas. Solo una pequeña parte de lo que escucho pasa a formar parte del libro. Para contar historias también se requiere talento, algo que no todo el mundo tiene, si bien cada uno de nosotros esconde una parte del misterio de nuestras vidas. A algunos esta verdad les da para media página, a otros para diez. Cualquier conversación comienza con que tengo que abrirme paso por una espesura de banalidades hasta poder llegar al alma de la persona sin que esté abarrotada de propaganda, de televisión. Existen personas-televisor que no escuchan su alma. Su alma es el Estado. A veces te pasas todo el día en una casa para conseguir una única frase: «Fui al frente siendo tan pequeña que durante la guerra crecí un poco»<sup>1</sup>. En esta frase se encierra todo: la persona y el tiempo. Recuerdo que, cuando estaba escribiendo el libro *La guerra no tiene rostro de mujer*, sobre las mujeres en la guerra, fui a Mos-

---

<sup>1</sup> Frase tomada de la obra de la autora *La guerra no tiene rostro de mujer*, en traducción de Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González para la editorial Debate.

cú a ver a una antigua tanquista. Antes de contarme una historia impactante pasó mucho tiempo preguntándome: «¿Pediste permiso para nuestra conversación en el Consejo de Veteranos? ¿Comentaste el tema con ellos?». «¿Para qué necesito a sus generales? Quiero escucharle a usted. Es su vida», bromeé. Se quedó confusa. Gente que había recorrido media Europa y que había derrotado al fascismo volvía a casa y dócilmente se metía en el establo. ¿Por qué nuestro sufrimiento no se convierte en libertad? Otra pregunta más.

Yo era joven, ellas ya mayores. Creo que esa diferencia de edad facilitó la calidez y confianza por su parte, me hablaban como si fuera su hija. Pero hubo un detalle insoportable al final del encuentro. Cada una de ellas repetía como un conjuro: «Te lo hemos contado con toda el alma, para que tú, niña, puedas comprender lo duro que fue para nosotros. Teníamos unos 17-20 años, y había sangre y muertos en fosas. Durante la retirada, a los caídos simplemente los arrojaban a las fosas, los cubrían con ramas y los tapaban con tierra. Pero, tú no escribas sobre eso, escribe sobre la gran hazaña del pueblo soviético. A ti te han formado en la universidad...». Cuando salió el libro era la época de la perestroika, de los grandes cambios, y la sociedad aceptaba la verdad con entusiasmo. Pero mis heroínas al principio lo recibieron con descontento: les parecía que no había suficiente heroísmo en el libro. Recuerdo cómo una de ellas me escribió en una carta: «Para mi hijo yo era una heroína, ¿y quién soy ahora? Has dejado de lado toda la grandeza».

El sufrimiento resultó estar por encima del ser humano. Ni la sociedad ni las propias personas cayeron en esto. Todo, como es habitual en un sistema totalitario, la vida humana fue absorbida por el Estado. A la persona le dejaron un solo derecho: el derecho a morir por ese Estado. He conocido a pocos valientes que hayan escapado de su tiempo. Sólo unos pocos. El documento del alma está vivo, crece o se reduce con el tiempo. Son precisamente estas historias vivas a las que yo me dedico. Misteriosas, a menudo esquivas. En mi libro *El fin del Homo Sovieticus*, el protagonista confiesa que, de todos los interrogadores por cuyas manos pasó en el gulag, la más cruel fue una mujer joven. Cuando lo torturaban en presencia de ella, se volvía incluso hermosa, experimentando una evidente excitación sexual. A veces sentía que esta verdad era una carga que me superaba. Cada uno de mis libros es un largo viaje hacia mí misma y hacia la gente. No, no nos resulta tan sencillo aprehender el mundo. Y yo no soy una supermujer. Entro en una casa y empezamos a hablar absolutamente de todo, sin preguntas preparadas de antemano. El flujo espontáneo de la conversación da libertad. Estás más preparado para lo inesperado, listo para cualquier giro en el pensamiento ajeno. La conversación puede tomar una dirección totalmente inesperada. Si preguntas con rigidez, la persona no terminará de abrirse...

A veces me pregunto si estas personas serían igual de francas ahora que el país vuelve a cerrarse al mundo. Y el gran mundo pasa de largo.

No me limito a anotar. Recabo información, rastreo al espíritu humano allá donde el sufrimiento convierte a un hombre pequeño en un gran hombre. Este pequeño gran hombre es mi héroe. Testigo de un gran acontecimiento... ¿Cómo nació mi género? ¿Por qué elegí precisamente este género consistente no en inventar ni fantasear, sino en escuchar y anotar? El género de las voces. ¿Por qué precisamente este género? Porque sólo el alma consigue seguir el ritmo del tiempo, y ni siquiera siempre. Toda la persona no lo consigue.

Recuerdo cómo empezó mi primer libro, *La guerra no tiene rostro de mujer*. Por aquel entonces trabajaba como periodista para un importante periódico. Me encargaron que escribiera una crónica sobre una exfrancotiradora para el próximo Día de la Victoria. María Ivánovna Morózova. Francotiradora, una profesión poco habitual entre las mujeres en la guerra. Cuando por fin encontré el edificio, una vieja *jrushchovka* sin ascensor, y me abrió la puerta una mujer de baja estatura con una trenza a modo de corona alrededor de la cabeza, no pude ocultar mi sorpresa, porque en mi mente tenía una imagen muy diferente. «Bueno, mido un metro y cincuenta y siete centímetros», dijo María Ivánovna entre carcajadas al ver mi sorpresa. «He matado a setenta y siete alemanes<sup>2</sup>. Tengo la Orden de la Gloria. Te la enseñaré». Se sentó en un sillón, se cubrió la cara con las manos y empezó a contarme cómo aprendieron ellas, las chicas, a matar:

---

<sup>2</sup> En ruso usa el término despectivo *фрицы*.

«Salimos por primera vez de “caza” (así lo llaman los francotiradores). Mi compañera era Masha Kozlova. Nos camuflamos. Nos tumbamos. Yo me encargaba de la vigilancia; Masha, del fusil. Y, de repente, Masha me dice:

- ¡Dispara, dispara! Mira, un alemán...

Yo le respondo:

- Yo estoy vigilando, dispara tú.

- Entre que nos ponemos o no de acuerdo —dijo ella—, se va a escapar.

Y yo seguía con lo mío:

- En primer lugar, tenemos que hacer un mapa de tiro, fijar puntos de referencia: dónde hay un granero, un abedul...

- ¿Vas a sacar ahora toda la teoría como si estuvieras en el instituto? ¡No estamos aquí para la teoría, estamos aquí para disparar!

Comprendo que Masha ya se está enfadando conmigo.

- Así que dispara, ¿a qué esperas?

Estábamos con el tira y afloja. Y, en ese mismo instante, veo a través de la mira telescópica que el oficial alemán estaba dando instrucciones a los soldados. Permanece un rato y luego desaparece. Nosotras, discutiendo. Comprendo que un poco más y le perderíamos de vista. Lo vamos a dejar escapar. Y, cuando reaparece, decido disparar. Tomo la decisión y, de repente, un pensamiento: es una persona, aunque sea un enemigo, pero es una persona, y de alguna forma mis manos empezaron a temblar, un temblor, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Una especie de miedo... Una sensación que vuelvo a sentir a veces en mis sueños. Es fácil disparar al blanco, pero resulta aterradora.

dor matar a una persona. Algo dentro de mí se resistía... no me dejaba decidirme... Pero hice acopio de valor y apreté el gatillo. Él zarandó los brazos y cayó. Si estaba muerto o no, no lo sé. Pero el miedo se apoderó de mí: ¿¡había matado a un hombre!?. Me tenía que hacer a esta idea. Sí... En pocas palabras, fue espantoso. Vomité, apenas pude volver a la unidad. Todo el día siguiente lo pasé tumbada con mucha fiebre. Después de eso, participé en combates cuerpo a cuerpo. Cuando peleas cuerpo a cuerpo, te apuñalan en el ojo... En la boca... No es matar el trabajo de una mujer. Tenía que persuadirme. Convencerme. (Guarda silencio durante un tiempo) ¿Habría sido capaz de hacerlo hoy? No lo sé. Ahora ya amo la vida. No deseo morir. Entonces nos educaron con la idea de que la Patria estaba por encima de nuestra vida».

El editor suprimió esta parte de mi material. Me llamó a su despacho y me dijo: «¿Qué clase de heroína soviética es esta? Mírala, vomita y llora por matar a un alemán. No habríamos ganado de ser con gente así.

En otra ocasión me quitó el siguiente fragmento: «Nos retirábamos... Al pasar la ciudad de Smolensk, una mujer me alcanzó su vestido, pude cambiarme. Antes con unos pantalones militares y ahora con un vestido de verano. Del nerviosismo y la tensión me empezaron esas cosas de mujeres... ¡Qué rabia! ¡Qué vergüenza! Dormíamos bajo arbustos, en zanjas, en el bosque sobre tocones. Éramos tantas que no cabíamos en el bosque. Caminábamos confusas, engañadas, sin confiar en

nadie... ¿Dónde está nuestra aviación? ¿Dónde están nuestros tanques? Todo lo que vuela, se arrastra o traquetea... todo era alemán. Así fue como me hicieron prisionera. El día antes de caer prisionera se me dañaron gravemente las dos piernas... Tenía que permanecer tumbada, orinándome encima... No sé con qué fuerzas conseguí arrastrarme por la noche hasta el bosque. Los partisanos me encontraron de casualidad». El editor me llamó de nuevo a su despacho: «Está humillando a la mujer soviética con un naturalismo primitivo. A una mujer que es una heroína. Las está degradando. Y ellas para nosotros son santas».

Este conflicto se repitió en numerosas ocasiones. Todo lo vivo desaparecía de lo que yo escribía. Un día reuní esos fragmentos y los leí. Ahí comprendí que así debía ser mi libro: sobre lo que ha sido tachado y recortado, sobre lo que no está legitimado por el sistema, sobre lo que está oculto a nuestros ojos. Sobre lo que vive en los pensamientos, en el alma de las personas, en las conversaciones con nuestros seres queridos a los que no les asusta decir la verdad. Lo que una persona en los «tiempos oscuros» esconde dentro de sí. Existe una literatura visible y una literatura invisible; la segunda vive en otras formas. Es toda una capa de vida paralela.

En mi último libro, que completa el ciclo *Voces de la utopía*, añadí como subtítulo *El fin del hombre rojo*. ¡Qué románticos éramos todos no hace tanto tiempo! Qué poco sabíamos del hombre. No sabíamos todo lo que este esconde. Treinta años

después llegué a Moscú y en el andén, al bajar del tren, oí a unos jóvenes medio borrachos que gritaban canciones de guerra y gritaban: «¡Que nos devuelvan Kiev! ¡Tomaremos Kiev en tres días!». Los voluntarios se dirigían a la guerra, acompañados con felicidad por sus amigos y familiares. Un sacerdote leía una oración, bendiciéndolos para la hazaña...

Me sumergí de lleno en una Rusia que no conocía, la Rusia que yo tanto amaba era otra. Recordaba las palabras que había oído más de una vez en el tren: «Me doy cuenta de que estoy lleno de odio. Odio a los ucranianos<sup>3</sup>». Mi pregunta: «¿Por qué los odias?». Respuesta: «Los odio y ya está».

¿Quién dispara en Ucrania? Es nuestro pasado el que dispara en Ucrania, un pasado con el que no supimos arreglárnoslas.

Todo era sencillo mientras luchábamos contra los comunistas. En los años 90 íbamos por las plazas y proclamábamos: «¡Libertad! ¡Libertad!», pero no entendíamos lo que era la libertad. Si una persona ha estado en un campo de concentración toda su vida y ahora la liberan, no será un hombre libre de inmediato tras salir por las puertas del campo. No es un hombre libre. Ha oído que en alguna parte existe ese concepto: la libertad. Pero no sabe lo que es, sólo conoce la palabra. Nos parecía que la libertad estaba a la vuelta de la esquina, que una vez sin los

---

<sup>3</sup> En ruso se usa el término despectivo *хохлы*.

comunistas llegaría por sí sola. El artista Ilya Kabakov lo explicó muy bien, nos diagnosticó a nosotros y a nuestro tiempo: «Cuando luchábamos contra el comunismo —dijo—, estábamos unidos. Éramos hermosos. Y ahora que hemos derrotado al comunismo, ese monstruo, miramos a nuestro alrededor y hay ratas por todas partes. Todo lleno de ratas. No sabíamos cómo luchar contra las ratas. No teníamos esa experiencia. Tampoco existía en nuestra cultura».

Y las ratas nos derrotaron. Todo lo que tenemos, lo que está oculto en el interior del hombre, excepto la idea, salió a la superficie. Una fuerza que ni siquiera sospechábamos estaba limpiando al hombre.

Viajé mucho por la antigua Unión Soviética... En Moscú y San Petersburgo oía: «El comunismo ha muerto». Pero bastaba con alejarse 200-300 kilómetros de la capital y decían otra cosa: «Si Stalin levantara la cabeza. Necesitamos a Stalin. Necesitamos mano dura en nuestro país». Poco a poco los bustos de Stalin volvieron a estar en su sitio. Aparecieron nuevos museos de Stalin. Libros sobre Stalin. El socialismo murió, pero la gente del socialismo permanecía. Gente resentida, porque Rusia les fue robada. Rusia fue dividida sin ellos. Buscaban la salvación en el pasado.

Y este pasado dispara hoy en Ucrania. El fascismo de Putin se está colando lentamente en el país. El país ha vuelto a lo que sabe hacer. ¿Qué sabe hacer una persona que acaba de salir de

un campo de concentración? Sabe matar y sobrevivir en condiciones inhumanas. No sabe vivir. Varlam Shalámov escribió que la experiencia del campo corrompe por igual al verdugo y a la víctima. Todavía tenemos que entenderlo y padecer. Pero una cosa hemos aprendido: el camino hacia la libertad es largo.

La primera en caer fue mi pequeña Bielorrusia. Está ocupada. Los proyectiles vuelan de Bielorrusia a Ucrania, despegan los aviones que bombardean las ciudades ucranianas, los tanques rusos marchan a través de Bielorrusia hacia las fronteras ucranianas... En Bielorrusia se reparan los equipos militares rusos después de las batallas, se atiende a los heridos en los hospitales.

«La maquinaria estalinista era historia, ahora es nuestra vida», me dijo una estudiante rusa que había huido de Rusia para evitar ser detenida. La maquinaria estalinista funcionó rápidamente. Los estudiantes denunciaban a los profesores, los maestros traicionaban a los alumnos, los científicos eran juzgados por espionaje, por alta traición... Por salir una persona con una pancarta de «¡No a la guerra!», por salir solo y estar de pie en solitario entre la multitud ya está en peligro. Al sistema no le gustan los fallos.

Mi historia del «hombre rojo» continúa. Busco las palabras... Estoy escribiendo un nuevo libro: ¿Cómo nace el fascismo? ¿Quiénes son sus partícipes? Y resulta que sus partícipes y cómplices somos todos nosotros, los que no hace tanto gritá-

bamos en la plaza «¡Libertad! ¡Libertad!» y derribábamos los monumentos bolcheviques a los líderes. El libro trata de por qué y cómo puede ocurrir eso. Con exactamente las mismas personas.

Os doy las gracias y confío en que en esta sala hay muchos con mi misma forma de pensar. Somos muchos en todas partes, así que el retroceso de la democracia es temporal. Cada uno de nosotros confía en esto.

No se puede vencer al tiempo.

*Величественный ректор Гранадского университета  
Педро Меркадо Пачеко,  
Достопочтенный доктор Энрике Федерико Керо Хервилья,  
Выдающиеся профессора,  
дорогие студенты, старшекурсники и выпускники,  
дорогие дамы и господа.*

Хочу поблагодарить университет за оказанную мне высокую честь. Вот несколько мыслей, которыми я хотела бы с вами поделиться, сама размышляя о своих книгах, особенно о новой книге, которую сейчас пишу...

## **Перед лицом катастрофы**

(из жизни умирающих идей)

Я сейчас оказалась в роли своих героев, как когда-то они, пытаюсь рассказать свою жизнь. Передо мной их лица, я слышу их голоса. От всей жизни остаётся только слово. Идеи и суеверия умирают остаётся только их отражение в слове. Отражение непостоянно, оно зависит от времени, оно на цепи у времени. Мой отец был школьный историк, он пережил две войны и распад империи, помню его

слова: «За мою жизнь историю переписывали три раза». Идеям верить нельзя, самая непрочная материя. На земле остались могилы, погибших за идею, а самой идеи уже нет. В нашей жизни это особенно видно. Идеи непрочны - кому верить? Я верю – Свидетелю. Искусство о многом в человеке не догадывается и неохотно верит, что жизнь лучший романист. Моё ухо всегда повёрнуто к улице, к текстам на улице. Я ищу там.

Свою историю красной империи и красного человека я писала долго – полжизни. Шла от человека к человеку и слушала, как маленький человек сам рассказывал о себе, это, конечно неправда, что он маленький, потому что он всё время говорил о смерти: как он легко умирал и как он легко убивал. Маленький большой человек. Позади у него огромная братская могила и море крови. Кровь у нас - мерило великости, не жизнь, а кровь. А цель этой крови, чтобы нас все боялись. Полжизни пытаюсь разобраться, почему мы такие? У каждого спрашиваю ответ...

Мои поиски начались давно, даже могу самой себе со страхом признаться – в детстве.

Мы жили в маленькой белоруской деревне. Мои родители: отец – беларус, мать – украинка. Недавно кончилась Вторая мировая война. В деревне жили только женщины, старики и дети, молодые мужчины не вернулись с фронта. Из партизан. Где-то в лесах остались заросшие

партизанские могилы, поэтому я до сих пор не люблю ходить в лес за грибами, сидеть на бугорке. Там везде человеческие следы... Во время больших катастроф люди часто исчезают бесследно и быстро становятся природой.

Вечером после тяжёлого рабочего дня на скамеечках возле своих хат собирались женщины и говорили о войне: как уходили их молодые мужья на фронт или в партизаны. Говорили о любви. У той любви часто была одна ночь, утром уже надо было уходить в леса. В партизанский отряд. Партизаны гибли быстро. Я слушала, слушала... Плакала вместе с женщинами. То, о чём они говорили было интереснее книг, которыми был полон наш дом. Было интереснее и страшнее книг, я помню, как моё детское сознание зачаровывалось смертью. Эта тайна волнует меня до сих пор. Там, на деревенских скамеечках, я научилась доверять человеческому голосу, доверять истории «с голоса», я бы попробовала сказать – с живого сердца. Там же я поняла, что страдание – это особый способ передачи информации. А боль – это искусство, опять же особенно в нашей жизни, поной печали. Ни одна книга не заставляла меня волноваться так, как я до сих пор волнуюсь от человеческого голоса.

Какие незабываемые слова находили эти женщин, эти слова, эти голоса до сих пор в моей памяти. Когда пишу свои книги, ищу именно такие потрясённые слова. Потрясённые красотой и ужасом жизни.

Расскажу немного, как я пишу... О самом письме... Я занимаюсь пропущенной историей, маленькой историей, историей человеческой души, а не события. Этой маленькой историей большая история пренебрегает, она не замечает её. Для каждой книги я опрашиваю 300 – 500 человек, в книгу входит малая часть того, что я услышала. Рассказ тоже требует таланта, он не у каждого есть, хотя каждый обладает частичкой тайны нашей жизни. У кого-то на полстранички хватает этой правды, у кого-то на десять страниц. Любой разговор начинается с того, что надо продраться через толщу банальностей, пока доберусь до души человека, не захламлённой пропагандой, телевизором, есть люди телевизора, они не слышат своей души, их душа – государство. Иногда целый день просидишь в доме ради одного предложения: «Я такая маленькая пошла на фронт, что за войну даже подросла». В этом предложении есть всё: и человек и время. Помню, как писала книгу «У войны не женское лицо», о женщинах на войне и приехала в Москву к бывшей танкистке, историю я потом услышу потрясающую, но перед этим она долго допрашивала меня: «Взяла ли я разрешение на наш разговор в Совете ветеранов? Уточнила ли с ними тему?» - «Зачем мне ваши генералы? Хочу послушать Вас. Это Ваша жизнь» - пошутила я. Она растерялась. Люди прошагавшие пол-Европы и сломившие фашизм, вернулись домой и послушно стали в стойло. Почему наши страдания не конвертируются в свободу? – ещё один вопрос.

Я была молодая, они в возрасте, думаю эта разница в годах обеспечила теплоту и доверие с их стороны, они говорили со мной, как с дочерью. Но пугающая, невыносимая деталь в конце встречи: каждая повторяла, как заклинание: «Мы тебе, как на духу все рассказали, чтобы ты, девочка, поняла, как нам тяжело было. Нам же по 17-20 лет, а тут кровь и ямы с убитыми, когда отступали павших просто сбрасывали в ямы, закрывали ветками и засыпали землей. Но ты пиши не об этом, пиши о великом подвиге советского народа. Тебя же в университете учили...» Когда книга вышла, это было время перестройки, больших перемен, общество приняло правду с восторгом, а мои героини были первое время недовольны, им казалось, что в книге мало героического. Помню, как одна написала мне в письме: «Для своего сына я была героиня, а кто я теперь? Всё великое у вас пропало.»

Страдания оказались выше человека, они не осмыслились ни обществом, ни самими людьми, всё, как обычно в тоталитарной системе человеческая жизнь присваивалось государством. Человеку оставляли только одно право – право умереть за это государство. Смелых людей, которые выскочили из своего времени, я встречала мало. Единицы. Документ души – он живой, он растёт или уменьшается вместе со временем. Этими живыми существами я и занимаюсь. Таинственными, часто неуловимыми. В моей книге «Время секонд-хэнд» герой рассказывает, что из всех следователей,

в чьих руках он побывал в ГУЛАГе, самой жестокой была молодая женщина. Когда при ней его мучали, она становилась даже красивой, явно испытывая сексуальное возбуждение. Иногда мне казалось, что эта правда непосильная для меня ноша. Каждая моя книга – это долгий путь к себе и к людям. Нет, мир не так легко познаваем. И я не суперженщина. Я прихожу в дом, и мы начинаем говорить обо всём на свете, без подготовленных заранее вопросов. Случайное течение разговора даёт свободу. Ты больше готов к неожиданностям, готов к любому повороту чужой мысли. Разговор может уйти в совершенно неожиданную сторону. Если жёстко выпрашивать, человек не откроется весь...

Иногда думаю: были бы эти люди так откровенны сейчас, когда страна снова закрывается от мира. Большой мир проплывает мимо неё.

Я непросто записываю. Я собираю, отслеживаю человеческий дух там, где страдание творит из маленького человека большого. Вот этот маленький большой человек моей герой. Свидетель большого события... Как родился мой жанр, почему я выбрала именно этот жанр – не выдумывать, не фантазировать, а слушать и записывать? Жанр голосов. Почему именно этот жанр? Потому что только душа успевает за временем, и то не всегда. Весь человек не успевает.

Помню, с чего началась моя первая книга «У войны не женское лицо». Я тогда работала журналистом в большой газете. Мне дали задание к очередному Дню Победы написать очерк о бывшей снайперше. Марии Ивановне Морозовой. Снайпер – редкая женская профессия на войне, когда я разыскала старую «хрущёвку» без лифта и дверь мне открыла маленькая женщина с девичьим венцом длинной косы вокруг головы, я не смогла скрыть свое удивление, потому что в голове у меня был другой образ. «А мой рост метр пятьдесят семь сантиметров, - увидев моё удивление, рассмеялась Мария Ивановна. – Семьдесят семь фрицев убила. Орден Славы имею. Покажу.» Села в кресло, закрыла лицо руками и начала рассказывать, как они, девчонки, учились убивать:

«Вышли первый раз на «охоту» (так у снайперов это называется), моей напарницей была Маша Козлова. Замаскировались. Лежим. Я веду наблюдения, Маша – с винтовкой. И вдруг Маша мне:

- Стреляй, стреляй! Видишь, немец...

Я ей отвечаю:

- Я наблюдаю. Ты стреляй!

- Пока мы тут выяснять будем, - говорит она, - он уйдёт.

А я ей своё:

- Сначала надо стрелковую карту составить, ориентиры нанести: где сарай, берёзка...

- Ты будешь, как в школе, разводить бумажную волокиту? Мы приехали не бумажками заниматься, а стрелять!

Вижу, что Маша уже злится на меня.

- Ну так стреляй, что ты?

Так мы пререкались. А в это время, действительно, я же вижу в оптический прицел, немецкий офицер давал солдатам указания. Постоит немного и скроется. Мы спорим. Я понимаю, что ещё немного и мы его прохлопаем. Его упустим. И когда он снова появился – я решила стрелять. Решилась и вдруг такая мысль мелькнула: это же человек, хоть он враг, но человек, и у меня как-то начали дрожать руки, по всему телу пошла дрожь, озноб. Какой-то страх... Ко мне иногда и сейчас во сне возвращается это ощущение. Стрелять по мишеням легко, а убить человека страшно. Внутри меня что-то противилось...не давало решиться... Но я взяла себя в руки, нажала спусковой крючок. Он взмахнул руками и упал. Убит он был или нет, не знаю. Но у меня страх появился – я убила человека?! К самой этой мысли надо было привыкнуть. Да... Короче – ужас. Меня начало тошнить, еле смогла вернуться в часть. Весь следующий день я лежала с высокой температурой. После я и в рукопашной была. В рукопашной колют друг друга в глаз... в рот... Не женское это дело – убивать. Надо было себя убеждать. Уговаривать. (Долго молчит.) Смогла бы я сегодня это сделать? Не знаю. Я уже люблю жизнь. Умирать не хочется. А тогда мы были воспитаны в идее, что Родина выше нашей жизни.»

Из моего материала редактор этот кусок выбросил. Вызвал меня у себе в кабинет: что это, мол, за советская

героиня, её, видите ли, тошнит, она, видите ли, плачет, потому что фрица убила. С такими мы бы не победили.

В другой раз он выбросил у меня такой кусок: «Мы отступаем... За Смоленском какая-то женщина вынесла мне свое платье, я успеваю переодеться. То была в военных брюках, то иду в летнем платье. У меня от волнения, от нагрузок начались эти наши женские дела... Обидно! Стыдно! Под кустами, в канавах, в лесу на пнях спали. Столько нас было, что места всем в лесу не хватало. Шли мы растерянные, обманутые, никому уже не верящие... Где наша авиация, где наши танки? То, что летает, ползёт, гремит – все немецкое. Такая я попала в плен. В последний день перед пленом перебило ещё обе ноги... Лежала, под себя мочилась... Не знаю, какими силами уползла ночью в лес. Случайно подобрала партизаны.» Редактор вызвал опять к себе: «Вы унижаете советскую женщину примитивным натурализмом. Женщину – героиню. Развенчиваете. А они у нас – святые.»

Этот конфликт повторялся много раз. Все живое исчезало из того, что я писала. Однажды я собрала эти куски вместе и прочла. И поняла – вот такой должна быть моя книга: из того, что вычеркнули и сократили, что не узаконено системой, прячется от наших глаз. Что живет в мыслях, в душах людей, в разговорах с близкими, которым не опасно говорить правду. Что человек в «тёмные времена» прячет в себе. Есть видимая литература и невидимая

литература, вторая живёт в других формах. Это целый пласт параллельной жизни.

В последней своей книге, завершающей цикл «Голоса Утопии», я сделала подзаголовок – «конец красного человека». Какими же мы все были романтиками ещё недавно! Как мы мало знали о человеке, мы не знали, что в человеке много всего. Через тридцать лет я приехала в Москву и на железнодорожном перроне, когда вышла из поезда, услышала, как подвыпившие молодые ребята орали военные песни и кричали «Даёшь Киев! Возьмем Киев за три дня!» Добровольцы ехали на войну, их весело провожали друзья и родственники. Священник читал молитву, благословляя на подвиг...

Я окунулась в Россию, которую не знала раньше, я любила другую Россию. Вспоминались слова, не один раз услышанные в поезде: «Я замечаю, что полон ненависти. Ненавижу хохлов» Мой вопрос: «За что ненавидишь?» - Ответ: «Ненавижу и всё».

Кто стреляет в Украине? Это наше прошлое стреляет в Украине, с которым мы не разобрались.

Все было просто, пока мы боролись с коммунистами. В 90-ые годы ходили по площадям и скандировали: «Свобода! Свобода!», но не понимали, что такое – свобода. Если человек всю жизнь сидел в лагере и вот

его выпустили, выйдя за ворота лагеря, он не будет сразу свободным человеком. Это не свободный человек. Он слышит, что где-то есть эта материя – свобода. А что это такое – он не знает, знает только слово. Нам казалось, что свобода вон там за поворотом, без коммунистов она придёт сама по себе. Когда-то об этом хорошо сказал художник Илья Кабаков, он поставил диагноз нам и нашему времени: «Когда мы боролись с коммунизмом, - говорил он, - мы были вместе. Мы были красивые. И вот мы победили коммунизм, это чудовище - оглянулись, а вокруг крысы. Полно крыс. Как бороться с крысами мы не знали. Этого опыта у нас не было. Не было его и в нашей культуре.»

И крысы победили нас. Запрятанное внутри человека всё, что в нас есть, кроме идеи, вышло наружу, сила о которой мы не догадывались, подчищала человека.

Много ездила по бывшему Советскому Союзу... В Москве и Петербурге я слышала: «Коммунизм умер», а стоило отъехать 200–300 километров от столицы, там говорили другое: «Поднялся бы Сталин. Нам нужен Сталин. Железная рука нужна в нашей стране». Постепенно бюсты Сталина возвращались на место. Появлялись новые музеи Сталина. Книги о Сталине. Социализм умер, а люди социализма остались. Обиженные люди, потому что у них украли Россию. Россию разделили без них. Они искали спасения в прошлом.

И это прошлое стреляет сегодня в Украине. В страну медленно вползает путинский фашизм. Страна вернулась к тому, что умеет. Что умеет человек, который только что вышел из лагеря? Он умеет убивать и выживать в нечеловеческих условиях. Он не умеет жить. Варлам Шаламов писал, что лагерный опыт одинаково развращает и палача, и жертву. Это еще нам предстоит понять и пережить. Но одно мы поняли: свобода – долгий путь.

Первой пала моя маленькая Беларусь. Она оккупирована. Из Беларуси летят снаряды в Украину, поднимаются самолёты, которые бомбят украинские города, через нее идут русские танки к украинским границам... В Беларуси ремонтируют русскую технику после боёв, в госпиталях лечат раненых.

«Сталинская машина была историей, теперь это наша жизнь», - сказала мне русская студентка, бежавшая из России от ареста. Сталинская машина заработала быстро. Студенты доносят на профессоров, учителя предают учеников, учёных судят за шпионаж, за госизмену... За то, что человек вышел с плакатом «Нет войне!», вышел один и одиноко стоит в толпе, он все равно опасен. Система не любит сбоев.

Моя история «красного человека» продолжается. Ищу слова... Пишу новую книгу:  
как рождается фашизм? Кто его участники? А его

участники и соучастники мы все – те, кто ещё недавно кричал на площади «Свобода! Свобода» и валил большевистские памятники вождей. Книга о том, почему и как это получается? С одними же и теми людьми...

Благодарю вас и верю, что в этом зале много моих единомышленников. Нас везде много, поэтому отступление демократии временное. Каждый из нас верит в это

Время нельзя победить.





**UNIVERSIDAD  
DE GRANADA**